NEW LEFT REVIEW 106

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2017

EDITORIAL

Daniel Finn — Lusoanomalías — 7

ENTREVISTA

Catarina Martins — El experimento portugués — 37

DEBATE

Nancy Fraser — ¿Una nueva forma de capitalismo? — 61

Luc Boltanski y Arnaud Esquerre — Enriquecimiento, beneficio, crítica — 71

ARTÍCULOS

Marco D'Eramo — La ciudad no tan eterna — 83

Sven Lütticken — Las personas de Hegel — 115

CRÍTICA

Wang Chaohua — La primera revolución de China — 137

Nikil Saval — El extrañamiento de dos islas — 155

Tor Krever — Expertos espectrales — 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CATARINA MARTINS

EL EXPERIMENTO PORTUGUÉS

Catarina, coordinas el único partido de izquierda en Europa que ejerce en su propio país un poder de contención explícito del orden neoliberal de la UE. Antes de preguntarte sobre esto en detalle, ¿puedes contarnos un poco sobre tu historia personal y tu entrada en política?

Yo nací un año antes de la Revolución de 1974, de padres involucrados en la resistencia a la dictadura y que se convirtieron en profesores de matemáticas, primero en escuelas secundarias y luego en la universidad de Aveiro. Cuando yo tenía seis años se ofrecieron como profesores en las antiguas colonias portuguesas de Santo Tomé y Cabo Verde, por un sentido de solidaridad revolucionaria con los nuevos Estados independientes. Volvimos a casa cuando yo tenía nueve años y asistí a la escuela en Aveiro en la década de 1980, ingresando a la Universidad de Coímbra en 1991. Para entonces ya estaba bastante politizada. El régimen derechista de Cavaco Silva aumentó las tasas universitarias, que habían sido meramente nominales desde la Revolución de los Claveles, haciendo que el acceso a la educación superior fuera mucho más desigual, y yo participaba en protestas contra eso en mi escuela.

¿Estudiaste literatura y lenguas en Coímbra?

No, empecé a estudiar Derecho, ya que pensaba que me ayudaría en la lucha contra las tasas de matrícula y cosas similares. Como los cursos incluían economía política, ciertamente me beneficié de ellos. Allí descubrí a Marx, por ejemplo, que era inaccesible para nosotros en la

secundaria. Coímbra siempre fue una universidad conservadora, y por supuesto se nos enseñaba a Adam Smith, a Ricardo y al resto, pero en la facultad de Derecho había un economista comunista, António de Avelãs Nunes, que fue quien realmente me hizo entender a Marx por primera vez. Pero bastante pronto me vi atrapada en proyectos teatrales, por lo que cambié a las lenguas y la literatura: si quieres conocer a Shakespeare tienes que saber inglés. En cuanto al teatro moderno, conocí el trabajo de figuras como Augusto Boal, el creador brasileño del teatro del oprimido, y el teatro de la crueldad de Antonin Artaud.

La compañía a la que te incorporaste se llamaba Companhia de Teatro de Visões Úteis*; ¿cuáles eran sus «visiones útiles»?*

Hicimos muchas cosas diferentes. Éramos un grupo muy variado de personas y los diferentes proyectos eran dirigidos de distinta manera. Estuve muy involucrada en los proyectos más políticos y en otros, que incluían dramas clásicos como el *El enemigo del pueblo* de Ibsen, pero también trabajando con comunidades que normalmente no participan en actividades culturales y no tienen contacto con el arte. Trabajábamos en prisiones, en pueblos remotos, en los barrios más pobres de Oporto y otras ciudades. Queríamos relacionarnos con lo que pasaba aquí y ahora. Esa era nuestra visión de algo útil que podíamos hacer, ayudar a que el arte sea una herramienta para todos y no sólo lo que ocurre en los teatros. Por supuesto, también trabajamos en teatros tradicionales, el Teatro Nacional y otros, y esa fue una parte importante de nuestra educación estética, aprendiendo de los principales directores portugueses. Eso era bueno. Lo que nos distinguía era nuestra atención al aquí y ahora, y la convicción de que el arte debe ser para todos.

¿Has escrito obras propias?

Eso también.

¿Cuánto tiempo estuviste involucrada en la compañía?

Quince años. Por supuesto, como sabes, si uno trabaja como actor es muy difícil ganarse la vida con eso. Así que para sobrevivir hacía muchas otras cosas: traducir, dar clases, dar conferencias, grabar... Pero también participaba desde mi época universitaria en el trabajo político relacionado con la cultura y con la precariedad. En Coímbra luchamos contra

las altas tasas de matrícula de Cavaco Silva, que él combinó con la imposición de una competencia total en el sistema educativo, principios que yo combatía incluso desde la escuela secundaria. Hubo una gran batalla en la década de 1990, que perdimos: ellos vencieron. Pero hubo otra campaña menor para detener la privatización del teatro de la universidad y, al menos esa, la ganamos.

Después de quince años en la Companhia de Teatro de Visões Úteis *entraste en política a tiempo completo. Esa es una trayectoria muy inusual. Es difícil pensar en otra persona en Occidente que haya pasado con éxito de la escena a la política, aparte de las inquietantes figuras de Reagan y Schwarzenegger; hay ejemplos asiáticos en India o Filipinas, pero no mucho más alentadores. En cualquier caso, ninguno en la izquierda. Actuar requiere, por supuesto, confianza en el habla y la representación en público, habilidades generalmente también esenciales en política. ¿Encontraste por esa razón relativamente fácil la transición?*

Fue muy fácil, pero no por mi experiencia como actriz. Cuando estás actuando como personaje, y estás en el escenario o siendo filmada, sabes lo que vas a hacer con tus manos, por ejemplo, porque eso es lo que el personaje hará. Pero cuando no tienes un personaje, esa parte es muy, muy difícil, porque ahora no tienes dónde esconderte. En la actuación estamos acostumbrados a que se nos diga, en cierto sentido, qué hacer: está en el guión o en la dirección. Pero si de pronto no tienes ningún personaje que te diga qué hacer, tienes que encontrarlo dentro de ti. Eso es una experiencia extraña, incluso chocante. En la política todos tienen que terminar haciéndolo, para proteger su vida privada de su vida pública. Pero si eres un actor, eres más consciente de ello por lo que has hecho anteriormente, y eso lo hace más difícil. El cambio era todavía bastante fácil para mí, no por mi profesión, sino por lo que había hecho toda mi vida, que era política. Yo estaba haciendo política todos los días, así que eso no era un gran problema para mí. Lo difícil era que tenía que decidir dejar parte de mi vida fuera. Tuve que renunciar al arte, lo que fue difícil para mí, porque lo había disfrutado enormemente con esa experiencia.

¿Te presentaste para el Parlamento por primera vez en 2009?

Sí, como independiente en las listas del Bloque de Izquierda [Bloco de Esquerda] en Oporto, donde fui luego reelegida. Hasta entonces no me había unido a esa organización política como tal, pero había trabajado

mucho con ella; porque cuando hablas de la exclusión social, de la discriminación, de la precariedad, el Bloque estaba allí, a diferencia de los demás partidos.

El Bloque sobresale entre las nuevas fuerzas de la izquierda en Europa –Podemos, La France Insoumise, Sinn Féin, Die Linke, Momentum– por un aspecto muy llamativo: la presencia de mujeres en su liderazgo. Tú eres la coordinadora y portavoz del partido; Marisa Matias fue una candidata presidencial muy efectiva el año pasado; en su formación parlamentaria, las gemelas Mortágua –Mariana y Joana– son diputadas muy notables. Pero según muchos índices sociales y económicos, Portugal sigue siendo un país relativamente «atrasado» dentro de la UE. *¿Cómo explicarías este progreso cultural?*

¡Bueno, también tenemos hombres en el Bloque! De hecho, más que mujeres. Lo que es inusual es que estamos más equilibrados, eso es lo que marca la diferencia. Pero el Bloque fue un partido feminista desde el principio, con mujeres muy importantes a lo largo de su historia, y con el tiempo esos orígenes feministas produjeron resultados visibles: las mujeres empezaron a ser el centro de atención. Lo que tenemos ahora es un cambio que una amiga mía formuló hace cuatro años, cuando empecé a compartir la coordinación del partido con João Semedo; me dijo: «En el pasado fueron los hombres quienes eligieron a las mujeres para los puestos en el partido, pero ahora son las mujeres las que lo hacen». Yo creo que eso es correcto. El cambio se ha producido, porque ahora hay suficientes mujeres para hacer estas elecciones, en lugar de ser seleccionadas como símbolos. Las mujeres pueden ahora tomar decisiones como los hombres.

Esa es una buena explicación de los cambios acaecidos dentro del Bloque; pero en realidad no explica por qué no ha sucedido nada parecido en partidos hermanos o hermanas de más o menos el mismo carácter político en otros países de Europa. ¿Podría tener alguna relación con la antigua «anomalía» de que en Portugal la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo es mucho mayor que en España, Italia, Irlanda o Grecia, con un nivel que, en 2001, estaba incluso por encima del de Gran Bretaña o Estados Unidos?

Sí. Éramos un país pobre, con una larga tradición de emigración por parte de los hombres para encontrar trabajo en Francia, Bélgica u otros países. Pero, no lo olvidemos, también tuvimos una guerra colonial muy larga: los hombres eran enviados fuera del país para luchar, y las mujeres tuvieron que ocupar su lugar. Ellas compensaron el déficit de la fuerza de trabajo.

Luego tuvimos la Revolución de lo Claveles, y las mujeres empezaron a tener acceso a la educación; ahora hay más mujeres que hombres en las universidades, así que en las generaciones por debajo de la mía, la de Mariana o aún más jóvenes, va a haber más mujeres cualificadas que hombres. Debo añadir que, aunque en Portugal la violencia contra la mujer sigue siendo un problema enorme, también tenemos una gran cantidad de legislación avanzada que defiende los derechos de la mujer. En cuarenta años hemos pasado de ser una sociedad donde las mujeres ni siquiera podían salir del país sin el permiso escrito de sus hombres, a uno con algunas de las leyes más progresistas en ese ámbito vigentes en Europa. Las mujeres que participaron en la Revolución no volvieron a encerrarse en casa.

Para la izquierda portuguesa y, de hecho, para la política portuguesa en general, ¿qué importancia tiene el legado de la dictadura de Salazar-Caetano y de la Revolución que le puso fin?

Para empezar, diría que hay un mayor rechazo contra la extrema derecha que en muchos países europeos. Hay un recuerdo vivo de lo que el fascismo significó en Portugal, que nos distingue de los países donde la experiencia del fascismo terminó con la Segunda Guerra Mundial. Eso es algo que compartimos con España, por supuesto. Sin embargo, a diferencia de España, nuestro país experimentó una revolución que puso fin a la dictadura; no hubo una transición apañada desde las alturas, sino una clara ruptura con el antiguo régimen. Como consecuencia, tenemos un marco institucional que deriva de la Revolución, con una Constitución más abierta y democrática que otras. Define la democracia en términos de derechos sociales, económicos y políticos. En nuestras instituciones hay más pluralismo; siempre hemos tenido más de dos partidos en nuestro Parlamento, y la oposición tiene el derecho de promover legislación. En comparación con muchos de nuestros vecinos, nuestro sistema político es más abierto.

¿Es eso también cierto en cuanto a las instituciones estatales portuguesas? En España, el Estado franquista nunca fue desmantelado: sus fuerzas armadas y policiales se mantuvieron intactas después de la transición y la cultura organizativa que se desprende de ello sigue siendo evidente hoy día.

Hubo cambios significativos, por supuesto. Construimos nuestros sistemas de salud y de educación pública desde abajo, de manera democrática; aunque algo de eso se ha erosionado en los últimos años,

tuvimos la experiencia de la gestión democrática en nuestras escuelas y universidades, lo que supuso una transformación real. Pero la renovación del Estado no fue completa. En otras áreas, como la justicia, o algunos sectores de la policía y el ejército, hubo una mayor continuidad. Por otra parte, nuestra Revolución comenzó con un movimiento entre los soldados, en oposición a las guerras coloniales, y la izquierda tenía fuertes posiciones dentro del ejército. Así que hay una clara diferencia entre España y Portugal. No aseguraría que todo se transformó en la década de 1970, claro que no, y todavía tenemos que lidiar hoy con algunos de esos legados. Pero ciertamente nuestra transición a la democracia fue muy diferente a la de España.

¿Cuáles dirías que son los principales legados del colonialismo en el Portugal contemporáneo?

Hasta hace muy poco, nuestra inmigración provenía en su mayoría de las antiguas colonias portuguesas. Con la expansión de la UE ha habido más inmigración desde Europa Oriental, pero tradicionalmente la mayoría de nuestros inmigrantes venían de Brasil y de los países africanos que habían sido colonizados por Portugal. Esto ayuda a explicar por qué nuestro país ha experimentado menos controversias en relación con la inmigración; Portugal era un país con relativamente pocos inmigrantes, y muchos de los que vinieron aquí hablaban el mismo idioma y practicaban la misma religión que la población portuguesa nativa. Este contexto en particular, junto con la experiencia de la resistencia a una dictadura prolongada, ha hecho que no tengamos el mismo tipo de tensiones con una extrema derecha organizada que se puede encontrar en otras partes de Europa. No creo que Portugal no sea un país racista, tenemos problemas, pero no en la misma medida que algunos de nuestros vecinos.

En el periodo comprendido entre la consolidación del sistema democrático de Portugal durante la década de 1970 y la crisis económica de la última década, dos de los principales hitos fueron la decisión de unirse a la CEE en 1986 y, más tarde, la de unirse a la moneda única. ¿Cómo se transformó la sociedad portuguesa durante ese periodo y qué papel tuvieron la UE y el euro en particular en esa transformación?

La gente tendía de forma natural a asumir que todos esos acontecimientos en nuestro país, que tuvieron lugar casi al mismo tiempo, estaban relacionados entre sí. Por lo tanto, había una sensación popular de que lo

que hemos logrado desde la transición a la democracia estaba vinculado a nuestra pertenencia a la UE, porque antes de la Revolución habíamos estado aislados del resto de Europa. En realidad, si tenemos los derechos de los trabajadores, un sistema de educación nacional y la asistencia sanitaria pública, eso se debe a nuestro proceso revolucionario, no a la UE. Hemos hecho progresos increíbles en algunas áreas: educación y salud, por ejemplo. Hoy tenemos una de las tasas más bajas de mortalidad infantil en el mundo. Pero muchas y muchos creen que nuestros logros en el periodo democrático estaban vinculados a la integración europea. Pero si bien es cierto que recibimos fondos para construir más infraestructuras, lo cual era bueno para un país pobre como Portugal, tenemos que valorar su precio. Para conseguir esa financiación tuvimos que entrar en la UE y luego en la moneda única, lo que significaba que tuvimos que aceptar el desmantelamiento de determinados sectores productivos de nuestra economía. Por supuesto, todavía estaban en una fase temprana de desarrollo y necesitaban inversión y modernización. Pero la UE no nos ayudó a modernizar nuestra pesca o nuestra agricultura: ayudó a acabar con ellas. Nos empujó a privatizar nuestras industrias; en última instancia, el capital de esas empresas decidió trasladarse a otro lugar y cerrar las fábricas en Portugal. Actualmente, la agenda de la UE consiste en concentrar la banca a escala europea y desmantelar el control público de los bancos en Portugal; eso significa favorecer al Banco de Santander y, eventualmente, a algún capital depredador de Estados Unidos o China. Así que pagamos un precio muy alto por lo que recibimos de la UE.

¿Hubo un debate serio sobre la moneda única y sus potenciales inconvenientes para Portugal antes de su implantación?

No, nunca hubo un verdadero debate. A la gente se le suministraron un serie de ideas al respecto, principalmente la de que Portugal es un país pequeño y que si ya no teníamos las colonias, necesitábamos a Europa. Esto realmente envenenó la discusión sobre la integración europea. Después de todo, nuestro país no es tan pequeño. Podemos no ser tan grandes como Alemania o Francia, pero hay otros países europeos que son incluso más pequeños que Portugal. Pero así es como se presentaba: no somos un país viable por nosotros mismos, sin colonias. Nunca hicimos un referéndum sobre ninguno de los tratados europeos. Tampoco se debatió de manera seria durante las campañas electorales, porque había un consenso entre los socialistas y los partidos de derecha (y los

intereses económicos más poderosos, por supuesto). Hubo incluso unas elecciones en las que todos los partidos se comprometieron a convocar un referéndum sobre los tratados europeos; después olvidaron esas promesas, con la excepción del Bloque. He oído ese argumento toda mi vida: tenemos que estar en la vanguardia de la integración europea, porque ése es el futuro de Portugal; no podemos quedar aislados como en los días del fascismo. Todos los temas sustanciales sobre las consecuencias políticas y económicas de los tratados que estábamos firmando fueron bloqueados por esos falsos argumentos.

¿Cómo ha cambiado el papel de la Iglesia católica en la sociedad portuguesa desde el periodo de Salazar?

Ciertamente ha cambiado mucho, aunque hay ahí cierta paradoja. Somos un país predominantemente católico, donde la Iglesia todavía tiene mucho poder. Desde la Revolución ha habido un clara separación entre la Iglesia y el Estado, lo cual fue una verdadera innovación; pero todavía tenemos un Concordato y la Iglesia sigue representada en muchas ceremonias oficiales y en los protocolos del Estado, por lo que la separación no es tan grande como debiera ser, o como se deduciría simplemente de la lectura de la Constitución y las leyes de este país. Sin embargo, la influencia de la Iglesia ha declinado incuestionablemente. Tenemos algunas de las leyes más progresistas de Europa en lo que respecta a los derechos de las mujeres y los derechos LGBT. Hay que tener en cuenta el impacto de la emigración en las estructuras familiares tradicionales. A menudo las mujeres permanecían en los pueblos criando a sus hijos mientras los hombres emigraban para trabajar, o iban a la guerra y morían. Las redes sociales no eran tan ortodoxas como a la Iglesia le hubiera gustado. Luego vino la Revolución, que permitió cuestionarlo todo. Una de las primeras reformas otorgó iguales derechos a hombres y mujeres en el divorcio. Tenemos escuelas públicas sin control de la Iglesia. Eso no significa que no haya problemas en los pueblos pequeños; este año, por ejemplo, tuvimos una controversia, porque hubo una ceremonia religiosa en la Pascua, al menos en una escuela pública. Tenemos la opción de suministrar educación religiosa en el sistema público y, por supuesto, se puede elegir entre enviar a los hijos a esas escuelas o no. Pero aunque la Iglesia tiene más influencia de la que debería en un Estado laico, ciertamente no tiene el mismo poder que antes. Toda su influencia se desvaneció cuando se convocó un referéndum para legalizar el aborto en 2007, y ese fue un gran revés para ella.

Inusualmente, Portugal no tiene uno sino dos partidos de izquierda radical con una base electoral y social significativa. ¿Por qué ha habido una separación histórica entre el Partido Comunista Portugués y las fuerzas que se unieron para constituir el Bloque?

El Partido Comunista es un partido bastante ortodoxo que desde hace mucho tiempo tiene una visión muy conservadora de la izquierda. El Bloque lo constituyeron grupos de la izquierda radical, y las diferencias políticas entre los dos partidos eran bien conocidas y entendidas. Hoy en día el Partido Comunista está evolucionando, y creo que seguirá haciéndolo, en la cuestión de los derechos de la mujer, por ejemplo. En el pasado, eso era algo que realmente no existía para ellos; era una cuestión que había que posponer hasta después de una futura revolución. Todavía ahora, el PCP vota contra las leyes que imponen la paridad en las listas electorales para el Parlamento. Pero el cambio llegará. La situación política actual en Portugal es posible, porque tenemos dos partidos de la izquierda radical que son lo suficientemente fuertes para lograrlo. Pero si pudiéramos entendernos mejor podríamos ser aún más fuertes de lo que somos en la actualidad. No creo que el Partido Comunista esté listo para eso todavía. Siguen existiendo diferencias entre nosotros en lo que se refiere a las libertades individuales y los derechos civiles, pero en este momento, en el contexto portugués, ese no es realmente el tema central, por lo que podemos trabajar juntos en muchas áreas y luchar por grandes cambios económicos. El sectarismo es siempre un signo de debilidad y debe ser evitado, si queremos aprender las lecciones de tantos fracasos de las fuerzas europeas de izquierda.

Un aspecto que distingue a Portugal de países como España o Irlanda es que en el periodo previo a la Gran Recesión no hubo una burbuja inmobiliaria; las tasas de crecimiento habían sido mucho más bajas que en los otros países «periféricos». ¿Cuál fue el impacto del crac en la sociedad portuguesa?

Es verdad que no experimentamos el mismo tipo de burbuja. Nuestros bancos eran más pequeños que los irlandeses, pero resultaron ser demasiado costosos para el pueblo portugués. Lo que ha sucedido realmente ha sido un intento de borrar el legado de la Revolución en la Constitución de Portugal y en nuestras leyes. La legislación que regula los derechos de los trabajadores, por ejemplo, se ha transformado, de modo que prácticamente no queda ningún instrumento de negociación colectiva en el país después de los estragos de la Troika. En lugar de convenios colectivos,

todo el mundo tiene un contrato de trabajo individual; la precariedad se ha extendido a toda la fuerza de trabajo. Prácticamente todo fue privatizado. La privatización de los sectores estratégicos había comenzado mucho antes –y fueron los gobiernos socialistas los que impulsaron este proceso, mucho más que los de la derecha–, pero desde que comenzó la crisis, se aceleró dramáticamente. Otros cambios fueron bloqueados porque el Tribunal Constitucional no los permitía, y la derecha carecía de la mayoría de dos tercios en el Parlamento necesaria para cambiar la Constitución. En última instancia, el objetivo de la Troika era eliminar las responsabilidades sociales básicas del Estado tal como se han definido desde la Revolución. El empobrecimiento de nuestra sociedad no ha tenido precedentes. En un país de diez millones de habitantes, más de dos millones y medio viven en la pobreza. Medio millón ha emigrado, en su mayoría jóvenes, a menudo con estudios. La mayoría ha ido a otros países europeos como Gran Bretaña o Alemania; también hubo mucha emigración a Angola cuando su economía estaba en auge. Por primera vez desde la Revolución, la población universitaria ha disminuido. Los servicios públicos carecen de los presupuestos necesarios para funcionar correctamente. Hubo una transferencia masiva de riqueza de la clase obrera al capital.

Las principales protestas en este país contra la Troika y su programa de austeridad parecen haberse concentrado en 2012-2013. No fueron tan ampliamente divulgadas como el movimiento de las plazas en Grecia, por ejemplo, o el de los indignados en España. ¿Dirías que las protestas portuguesas eran menos significativas que esos movimientos, o simplemente fueron ignoradas fuera del país?

Un poco de ambas cosas, tal vez. Estoy de acuerdo en que las protestas aquí no fueron tan enérgicas o tan influyentes como las de otros países. En el primer periodo, después de la llegada de la Troika, la gente entendió lo que estaba pasando y creyó que podía luchar y derrotarla. Pero cuando se produjo una gran crisis gubernamental y, sin embargo, el gobierno no cayó –las elites europeas hicieron todo lo posible para apoyarlo–, la gente se desesperó y dejó de protestar, porque pensó que no lograría nada. Así que tuvimos un periodo de alta intensidad, manifestaciones de un millón de personas en un país de diez millones de habitantes, y luego se interrumpió. No se puede hacer que la gente proteste indefinidamente sin ningún tipo de resultado, sufriendo derrota tras derrota. Por otra parte, debido a la emigración, perdimos gente de los grupos de edad que se esperaría que estuvieran a la vanguardia de las

protestas: en el Bloque, por ejemplo, sabemos de pueblos donde todos nuestros partidarios de cierta edad abandonaron el país. También ha sido un desafío para el movimiento sindical aprender a relacionarse con los trabajadores precarios. Los sindicatos están bien organizados en ciertos sectores y pueden movilizar a la gente en las calles, pero no sabían cómo llegar a esos sectores no organizados de la clase obrera; todavía no saben cómo hacerlo, aunque creo que la situación está mejorando.

En comparación con España y Grecia, o Irlanda, en Portugal los partidos tradicionales de centro-derecha y de centro-izquierda no han perdido el apoyo electoral en la misma medida durante la crisis. ¿Cómo explicas esto?

Un factor que debemos considerar es que en esos países hay más problemas con el régimen político en su conjunto que en Portugal. España es una monarquía, con una Constitución que en la izquierda española y en los movimientos nacionalistas muchos consideran ilegítima. Irlanda tiene una relación con el Reino Unido muy problemática. En Portugal no tenemos el mismo tipo de fricción y la gente tiende a confiar un poco más en las instituciones establecidas.

En el Bloque, durante el periodo iniciado con la crisis, no se ha dado un crecimiento ininterrumpido: perdisteis mucho terreno en las elecciones de 2011 y un grupo de miembros del partido se separaron para formar un grupo rival, LIVRE. *¿Fue más difícil para tu partido ganar nuevas capas de apoyo, tras establecer su presencia en el escenario político a partir de 1999? En España, Podemos se fundó de la nada en 2014 y se presentó como un nuevo partido de oposición a la vieja clase política.*

El contexto es diferente. Cuando se fundó el Bloque, la gente creía que el paisaje político en Portugal ya estaba definido y no había lugar para otro partido. Demostramos que estaban equivocados, y durante toda una década, desde nuestro nacimiento en 1999, el partido experimentó un crecimiento continuo, no sólo en términos electorales, sino también por los temas que incluimos en la agenda: leyes contra la corrupción, derechos de las mujeres y LGBT, política sobre drogas, etcétera. Durante diez años aparecimos como una novedad que podía cambiar y dislocar el sistema político establecido. En 2011 resultó muy difícil mantener nuestro apoyo, porque mucha gente creía que la derecha portuguesa tenía la solución a la crisis y había una desilusión generalizada con el Partido Socialista. La abstención fue alta, pero también había una parte de la

población que se sentía frustrada y que decidió que era el momento de la derecha. Se pensaba que todo estaba fallando y que quizá la derecha podría hacer las cosas mejor.

En la conferencia del Bloque en 2014 hubo algunos debates muy enconados sobre la pérdida de apoyo en las anteriores elecciones nacionales y europeas; en los medios de comunicación portugueses se habló profusamente de que estas divisiones darían lugar a una escisión. ¿Se han resuelto esas discrepancias tras los mejores resultados del partido en 2015?

Sufrimos un fuerte ataque de los medios de comunicación: la gente decidió que el Bloque estaba muerto. Se había extendido la idea de que el Bloque debía ser simplemente una fuerza política, que apoyara al ala izquierda de los socialistas y, cuando la rechazamos, hubo quienes no aceptaron esa decisión y dejaron el partido. También tuvimos una discusión sobre los grandes problemas que afronta el país, y ahí debemos distinguir entre los ataques de los medios de comunicación contra el Bloque y nuestro propio debate interno. En gran medida, ese debate ha quedado superado. La cuestión era si debíamos centrarnos en defender la Constitución portuguesa como una barrera contra los planes de la derecha o si debíamos poner el énfasis en Europa y en la necesidad de renegociar la deuda pública como condición previa esencial para cualquier proyecto político autónomo en este país. En este momento, la Constitución no está bajo ninguna amenaza inmediata, por lo que nos quedan los temas de Europa y la deuda. Es evidente que todos los debates ideológicos revelan alguna forma de malestar, y la nuestra era la presión de una situación cambiante. Lo fácil habría sido seguir nuestros caminos separados y dividirnos cuando se presentaron diferentes opciones tácticas. Pero ese no es nuestro camino. Sabíamos que el contexto político nos obligaba a construir una nueva relación de fuerzas: concentrar nuestras energías, resolver los desacuerdos menores, asumir la responsabilidad hacia nuestro pueblo. Afrontamos la dificultad, la entendimos, la combatimos y eso ha sido clave para nuestro éxito.

Cuando António Costa se convirtió en el líder socialista, ¿se percibía ya que estaría dispuesto a trabajar con los partidos de izquierda, o fue una sorpresa después del resultado de las elecciones de 2015?

No creo que el Partido Socialista haya querido nunca trabajar con nosotros. Costa pudo hacer declaraciones públicas diciendo que quería

cooperar con la izquierda, pero era para tratar de reorganizar al Partido Socialista; quería convencer a la gente de que debía votar a favor de los socialistas para derrotar a la derecha y de que cualquier otra cosa sería desperdiciar su voto. Hubo algunas declaraciones muy agresivas contra el Bloque. Lo que sucedió fue que el Partido Socialista perdió las elecciones: recibieron menos votos que la alianza de derechas, a pesar de haber estado por delante en las encuestas durante gran parte de 2015. Si no hubieran llegado a un acuerdo con nosotros y con el Partido Comunista, habríamos tenido un gobierno derechista con el respaldo de los socialistas. El Partido Socialista miró al resto de Europa, vio lo que le había pasado al PASOK y a otros partidos, y se dio cuenta de que si apoyaba un gobierno de la derecha podía ser su fin. Se suponía que el Bloque estaba muerto, pero demostramos que eso era un error y conseguimos el 10 por 100 de los votos: un aumento sustancial que fue la sorpresa de las elecciones y crucial para transformar la aritmética parlamentaria. La izquierda era lo bastante fuerte para asegurar que si el Partido Socialista apoyaba a la derecha, pagaría inmediatamente el precio. Durante la campaña electoral habíamos tomado la ofensiva con una línea unitaria. En un debate televisado con Costa propuse tres medidas concretas como base para un posible acuerdo con su partido: levantar la congelación de las pensiones, abandonar la reducción de los pagos patronales a la seguridad social y renunciar a los planes que debían facilitar el despido de los trabajadores. Después de las elecciones aceptó esas condiciones. Así que llegamos a un acuerdo, que fue mucho más detallado. Creo que era necesario, porque Portugal no podía sufrir nuevas privatizaciones –hablamos de carreteras, ferrocarriles y agua, porque todo lo demás ya estaba vendido– y nuevos ataques a los derechos de los trabajadores. Pero como resultado de aquel acuerdo nos encontramos ahora en una situación curiosa, en la que contribuimos a salvar al Partido Socialista de la tentación de llegar a un pacto con la derecha: es casi el único partido socialdemócrata que queda en pie en Europa. Esto es algo sorprendente, pero creo que hemos hecho lo que debíamos hacer, porque nuestro deber es con nuestro pueblo, y hemos producido un cambio significativo en la situación política del país.

En cuanto al gobierno en funciones desde 2015, ¿crees que Costa contrasta significativamente con sus predecesores –Soares, Guterres, Sócrates– en la dirección del Partido Socialista, ya sea personalmente o, simplemente, como una inflexión del partido después de su desastre bajo Sócrates? ¿O no hay distinción sustancial?

Por supuesto, las personalidades siempre importan. Costa es un negociador muy duro y capaz, pero no creo que se diferencie políticamente de sus predecesores. Lo que es diferente es el equilibrio de fuerzas. Después de las elecciones de 2015, los socialistas tuvieron que elegir: o bien podían sostener otro gobierno de la derecha y arriesgarse a un desastre electoral, o bien podrían llegar a un acuerdo con la izquierda, sabiendo que esto no pondría en peligro la estructura económica que sostienen, y que si este experimento se veía en dificultades, podían contar con el respaldo de la derecha para protegerlo –como hemos visto en la venta del Banif, el banco de Madeira, al imperio del Banco de Santander en España, subsidiado por los contribuyentes–. Para sobrevivir llegaron a un acuerdo con la izquierda, aunque entre nosotros permanece abierto un amplio espacio de negociación y lucha.

¿Eso significa que, de hecho, no ha ocurrido ningún cambio significativo en la vida interna del PS, que como la mayoría de los partidos socialdemócratas ha tenido tradicionalmente alas conservadoras algo más duras y algo más suaves?

Todas las tendencias del PS están actualmente representadas en el gobierno, así que no hay ningún cambio en ese sentido. Lo que se puede decir es que Costa es más valiente como político que su predecesor inmediato. Está dispuesto a correr riesgos, pero no hasta el punto de poner en cuestión algo que sea verdaderamente importante para el capitalismo portugués. El PS es un partido de centro obligado a negociar con partidos de la izquierda. Eso es nuevo y difícil para ambas partes, pero es necesario.

Su ministro de Hacienda, Mário Centeno, ni siquiera es miembro del PS, sino un tecnócrata no elegido del Banco Central, especializado en la economía de los mercados laborales. ¿Es eso algo nuevo?

No del todo, pero ésta era una opción mucho más acentuada: una señal clara para la Comisión y el BCE de que el gobierno seguiría siendo ortodoxo. Schäuble estaba encantado, llamando a Centeno el Cristiano Ronaldo de los ministros de Finanzas. Por supuesto, todavía había un problema. Centeno pretendía –y prometía– una serie de medidas ante las que trazamos una línea roja, como cosas que no aceptaríamos, y tuvieron que abandonarlas. Esas medidas incluían facilitar los despidos, reducir las cotizaciones de los patronos a la seguridad social y eliminar las compensaciones por trabajo remunerado con bajos salarios. Nosotros vetamos todas estas medidas.

Hace ya casi dos años que el Bloque y el PCP llegaron a sus acuerdos separados para apoyar al gobierno de Costa. ¿La conducta del gobierno, y la pauta más amplia de los acontecimientos, se han correspondido con vuestras expectativas?

Hubo una sorpresa. La Unión Europea suavizó su postura hacia Portugal, por temor después del Brexit. Cuando estaba en el poder, la derecha había prometido a la UE que reduciría las pensiones después de las elecciones de 2015, y durante la campaña los socialistas se mostraron de acuerdo. Pero lo hicimos imposible. Las pensiones han aumentado de hecho un poco. No es un gran aumento, pero cuando se compara con los recortes que se prometieron a la UE, lo que hemos logrado no es trivial. Representa una diferencia sustancial. El salario mínimo se ha incrementado en un 10 por 100 y habrá un aumento idéntico durante el próximo año. La Comisión Europea protestó vigorosamente contra esto. Habíamos esperado que la UE presionara a Portugal para que comenzara a privatizar nuestro sistema de pensiones, tal como había pasado en otros países europeos. Lo impedimos. Por supuesto, en otros temas la UE está haciendo lo que quiere, porque los regímenes derechistas están salvando los bancos con dinero público y entregándolos al capital internacional, como ha hecho el gobierno de Costa en Portugal.

Después de las elecciones de 2015, Cavaco Silva intervino como presidente para advertir que un gobierno dependiente del apoyo de los partidos de izquierda podría poner en peligro la pertenencia de Portugal a la OTAN y a la Unión Europea. De hecho estaba apelando a los miembros del Partido Socialista para que se alzaran contra su líder y se opusieran a cualquier acuerdo. ¿Había una posibilidad real de que esto funcionara?

Estoy segura de que eso es lo que Cavaco Silva quería que sucediera, y estoy segura de que había gente tentada a seguir su consejo. Pero el ejemplo de lo que les estaba sucediendo a los partidos de centro-izquierda en otros países de Europa era una advertencia muy poderosa para el Partido Socialista de qué le podría suceder en ese escenario. En cualquier caso, en este país los poderes de la presidencia son limitados; el Parlamento es el foco principal del poder de decisión. El presidente puede disolverlo, pero ésa es la opción nuclear, que no se debe usar si no se tiene una buena razón para ello, y no estaba en condiciones de hacerlo justo después de las elecciones. En última instancia, el presidente sólo es poderoso en la medida en que es popular. Al final de su mandato,

Cavaco Silva era el presidente más impopular que jamás tuvimos, por lo que aunque propagaba una cierta imagen del gobierno, muy pocas personas lo escuchaban.

Luego asumió la presidencia Rebelo de Sousa, una personalidad de la televisión también de derechas. ¿Ha tratado de ejercer presión o ha sido más discreto en su actitud hacia el gobierno de Costa?

Es más popular que su predecesor y ha hecho todo lo posible para mantener esa popularidad. Le gustaría promover la «normalización» del Bloque, llevándonos a una relación más formal con el Partido Socialista. No formamos una coalición con los socialistas y nuestras diferencias con ellos son transparentes. Llegamos a un acuerdo político con algunos puntos muy claros para proteger al pueblo portugués: no más privatizaciones, ni recortes de salarios o pensiones, y el salario mínimo debe aumentar al menos un 5 por 100 al año. Pero todavía tenemos grandes desacuerdos. Como partido, los socialistas siguieron en el pasado el ejemplo de Blair y la Tercera Vía, abrazando la agenda de privatizaciones que estaba destruyendo los cimientos de la paz y la prosperidad en Europa. Esa prosperidad se basaba en Estados fuertes que podían ejercer su control sobre sectores estratégicos de la economía y, por lo tanto, pagar los programas de asistencia social y garantizar los derechos de los trabajadores. Entonces, las grandes empresas decidieron que el Estado social ya no era aceptable, y que no había necesidad de preservar los derechos de los trabajadores ahora que la amenaza comunista había desaparecido. El Partido Socialista se mostró de acuerdo, y todavía aprueban el hecho de que los sectores económicos clave estén en manos privadas. Acepta los tratados fiscales de la UE y realmente no pretende renegociar la deuda pública, por lo que el margen de inversión en nuestra economía y nuestros programas sociales es limitado. Lo señalamos todos los días.

Lo que está ocurriendo actualmente es que las expectativas del Partido Socialista están creciendo en las encuestas, pero no a costa nuestra; le está quitando votos a la derecha. Lo que el presidente querría es que la izquierda radical pudiera mantener con el Partido Socialista un acuerdo a muy largo plazo que no tuviera esos puntos de tensión y no pusiera en duda el consenso sobre Europa que siempre ha existido en Portugal. Así que en sus discursos adopta un enfoque conciliador hacia la mayoría parlamentaria, pero siempre con este objetivo en mente.

En su andanada poselectoral, Cavaco Silva señaló la oposición del Bloque y del PCP a la OTAN y a la moneda única, pero esas cuestiones no aparecieron sobre la mesa en las discusiones con el Partido Socialista sobre el programa de gobierno, ¿no es así?

No, no aparecieron. Al iniciar las negociaciones no éramos lo bastante fuertes como para plantear ese tipo de cambios. Por eso nos negamos a participar como socios en la coalición: no formaremos parte de un gobierno que obedece al tratado fiscal, que sigue las normas europeas sobre la deuda y permanece dentro de la OTAN. Podemos tener un acuerdo práctico entre las fuerzas que conforman la mayoría en el Parlamento en torno a un conjunto de políticas concretas, pero no formaremos parte de un gobierno que tenga posiciones de ese tipo. En este punto no tenemos la correlación de fuerzas que nos permitiría cambiar eso, todavía no. La política no es una cuestión de lo bien que te puedes relacionar con los miembros de otro partido; es una cuestión de fuerza y de lucha por el poder.

¿Cómo se complican las cosas por el hecho de que no se trate simplemente de un acuerdo entre el Bloque y el Partido Socialista? Para que ese acuerdo funcionara tenía que involucrar también a los comunistas. ¿Ha habido alguna discusión conjunta entre el Bloque y el Partido Comunista, o ambas organizaciones negocian por separado con los socialistas?

Yo fui la primera en plantear esa posibilidad durante la campaña y los debates televisivos. Me dirigí a Costa directamente y le dije que estaríamos dispuestos a hablar sobre una solución que expulsara a la derecha del gobierno si podíamos ponernos de acuerdo sobre algunas medidas muy concretas. Pero cuando tuvieron lugar las elecciones y los socialistas vieron que tenían que elegir, hablamos con el Partido Comunista para saber si iban a unirse a ese proceso, porque para nosotros era muy importante que participaran en él. Necesitábamos que los tres partidos tuvieran una mayoría en el Parlamento, pero incluso si no hubiera sido así, si estás negociando con el 10 por 100 de los votos y el otro partido tiene más del 30 por 100, es difícil lograr algo. Si dos partidos con casi el 20 por 100 de los votos entre ambos están negociando, se hace mucho más fácil. Por supuesto, el PCP insistió en que no querían negociar conjuntamente con nosotros: negociarían con los socialistas por su cuenta, y lo mismo haríamos nosotros. Pero sea como fuere, sólo fue posible porque los dos partidos se comprometieron a hacerlo.

¿Cómo juzgarías los resultados del gobierno al cabo de año y medio? ¿Qué proporción del acuerdo se ha cumplido?

Una parte importante del acuerdo implicaba detener las cosas que debían entrar en vigor. Construimos un muro contra algunas medidas que realmente habrían matado lo que quedaba de nuestra Revolución en términos de derechos sociales y políticos. Todo lo que discutimos en el campo de las libertades cívicas se ha hecho: cambios en las leyes del aborto, adopción por parejas del mismo sexo, etcétera. Ahora tenemos algunas de las leyes más progresistas de Europa. Algunos de los ataques a los derechos de los trabajadores han sido detenidos, junto con los recortes a los salarios del sector público y a las pensiones. Se han restaurado cuatro días festivos que fueron abolidos bajo el gobierno anterior. Los sistemas de transporte de Oporto y Lisboa han sido devueltos a la propiedad pública, y no ha habido nuevas privatizaciones. Hemos introducido medidas sociales para ayudar a los pobres, como una nueva tarifa energética. El salario mínimo se ha incrementado según lo acordado. Ahora estamos trabajando para designar a todos los empleados del Estado bajo contratos precarios como funcionarios públicos.

Ahora uno de los mayores problemas concierne al estado de nuestros servicios públicos. Queremos clases más pequeñas en las escuelas portuguesas, y eso significa contratar más maestros; queremos que cada familia tenga derecho a una enfermera y un médico, y eso significa contratar personal médico adicional. Todo esto requiere mayor inversión pública. Predijimos que la economía mejoraría cuando los salarios y las pensiones comenzaran a recuperarse, porque la gente gastaría el dinero en cosas que necesitaba, en lugar de depositarlo en cuentas de paraísos fiscales, como hacen los ricos; para que una economía funcione necesita un mercado interno. Así ha sido: el crecimiento económico ha aumentado, y tenemos buenas cifras para presentar en el marco del euro. El problema es que el gobierno quiere ahora usar los frutos de ese crecimiento económico para alcanzar los objetivos del tratado fiscal, en lugar de invertir en servicios públicos. Si no se invierte en escuelas y hospitales durante uno o dos años, la gente puede aguantarlo, aunque sea dañino; pero si no se invierte durante la mayor parte de una década, hay un deterioro muy profundo y se requiere mucho dinero nuevo para reparar el daño causado. Ése es, pues, el principal problema que afrontamos ahora: no es posible pagar nuestra deuda nacional a fin de cumplir las metas de déficit fijadas por el gobierno y, al mismo tiempo, mantener un

Estado social que funcione. En la actualidad gastamos más en pagos de intereses por la deuda que en todos nuestros servicios de salud nacionales. Hemos llegado a uno de los puntos más difíciles de nuestro acuerdo. Todavía hay medidas por cumplir, pero son las que exigen la confrontación más seria con la Unión Europea.

Si el gobierno se mantiene hasta las próximas elecciones, previstas para 2019, ¿será posible posponer esa confrontación sobre la deuda durante tanto tiempo?

No creo que nadie esté en condiciones de apostar por lo que va a suceder en Europa en los próximos años, así que no diría que es imposible, pero ciertamente será muy difícil. Debemos prepararnos para proteger a nuestro país de las vulnerabilidades externas. La mayor preocupación para nosotros no son las medidas contenidas en nuestro acuerdo con el Partido Socialista: es nuestra relación con la Unión Europea y la cuestión de lo que hacemos con nuestro sistema financiero. En pocas palabras, nos estamos quedando sin bancos. Un país que no tiene un sistema financiero propio que pueda controlar será extremadamente vulnerable a las presiones externas, ya sea por la política económica de Trump, por el Brexit o por acontecimientos en el resto de Europa. Hemos puesto 12 millardos de euros de dinero público en los bancos portugueses y luego los hemos regalado: uno a los chinos, otro a Angola, otro a Caixabank y el otro al Banco de Santander; y ahora se va a entregar el mayor banco privado a la firma de *private equity* estadounidense Lone Star.

El mayor desacuerdo público entre el Bloque y el Partido Socialista fue sobre el estatus del Novo Banco. ¿Cuál fue vuestra propuesta?

Creemos que debería nacionalizarse. Ya ha recibido una gran cantidad de dinero público que no vamos a recuperar: 5 millardos de euros. Lone Star, el fondo de cobertura que quiere asumir el control del Novo Banco, no pagará nada por él; ha recapitalizado el banco, pero si las pérdidas superan los 2 millardos de euros, el Estado tendrá que pagar el resto. Estamos hablando de uno de los principales bancos de Portugal: un banco que suministra crédito a las empresas, que está vinculado con el destino de nuestra economía productiva (sin mencionar su papel en el mercado de la vivienda). Entregar ese banco después de lo que ya hemos pagado –y es probable que haya que pagar más si hay préstamos en mora en el futuro– no tiene sentido. Debemos nacionalizarlo.

¿Por qué se opone el gobierno de Costa a considerar esa solución?

Porque tiene la visión ideológica estricta de que los bancos privados son mejores que los públicos, mientras que nosotros creemos que es necesario el control público sobre el sector bancario. Pero también porque realmente prefieren hacer lo que la Comisión Europea y el BCE les dicen que hagan.

En general, ¿cuál ha sido la actitud de las instituciones europeas hacia este gobierno? ¿Ha habido una presión constante por su parte?

Ha variado con el tiempo. Al principio hicieron mucha presión contra el gobierno, pero luego se produjo el Brexit y se encontraron con nuevos problemas; no tenían tanto tiempo para crear dificultades a Portugal. Pero la presión sigue ahí. Incluso después de salir del procedimiento de déficit excesivo, nuestro acceso al programa de flexibilización cuantitativa del BCE depende de la única agencia de calificación que otorga a nuestros bonos una calificación de inversión más alta que la de basura. Así que aunque no hagan declaraciones públicas para ejercer presión sobre nuestro gobierno, todavía es mucho lo que pueden hacer para apretarnos las tuercas. Y si no se tiene un sistema financiero que pueda comprar la deuda pública, su poder es aún mayor.

En la prensa financiera había un gran escepticismo hacia este gobierno al principio, pero últimamente se han publicado varios artículos expresando sorpresa por el comportamiento de la economía portuguesa: las cifras de crecimiento económico, déficit, superávit presupuestario, etcétera. ¿Todavía existe la sensación de que las fuerzas de fuera de Portugal están esperando a que fracase para tener la oportunidad de intervenir?

Sí, pero esa expectativa se está frustrando. Si los tipos de interés de la deuda no aumentan significativamente –aunque ese peligro existe–, la recuperación económica y la sólida creación de empleo se mantendrán. Por supuesto, algunos gobiernos europeos (el de Rajoy, por ejemplo) y los partidos de derechas de aquí cuentan con esa posibilidad: es su estrategia. No presentan propuestas alternativas; sólo dicen «eso tiene que salir mal».

A juzgar por las encuestas de opinión, el apoyo al Bloque y al Partido Comunista se ha mantenido estable desde 2015; si mañana se convocaran nuevas elecciones, su voto sería más o menos el mismo que entonces. Pero los verdaderos beneficios políticos de este gobierno han sido para Costa y el

Partido Socialista, cuyas expectativas en los sondeos han aumentado significativamente. ¿Te preocupa que puedan decidir que es el momento adecuado para convocar nuevas elecciones y obtener una mayoría absoluta?

Es preocupante si eso significa que la gente cree que obedecer a la Unión Europea es una solución para Portugal y que podemos evitar una confrontación. Si eso sucede las cosas pueden ir hacia atrás; sabemos por experiencia, en Portugal y en otros países de Europa, que los derechos pueden perderse. Al mismo tiempo, no sé si las encuestas realmente muestran lo que piensa la gente. En las últimas elecciones, después de todo, teníamos un 3 por 100 en las encuestas unos meses antes de la votación, pero terminamos con un 10 por 100 en las urnas. Creo que la gente entiende más acerca del equilibrio de poder hoy que esa noción simplista de que los socialistas están en el gobierno y lo están haciendo todo bien nuevamente. Algo que ha cambiado es la idea del «voto útil»: la gente ahora ve que el voto por una estrategia política comprometida y clara es «útil» y de hecho necesario, y creo que la época de mayorías absolutas en el Parlamento ha terminado.

El principal ejemplo de confrontación con la Unión Europea en los últimos tiempos ha sido el del gobierno de Syriza en Grecia. Pero esa confrontación terminó en derrota; en última instancia tuvieron que firmar un acuerdo que imponía cargas aún más pesadas que las acordadas por la administración anterior. ¿Qué lecciones habéis sacado de la experiencia griega?

En el Bloque hemos pasado mucho tiempo discutiendo esto y elaborando posiciones políticas sobre esa base. Creemos que un gobierno de izquierda tiene que estar dispuesto a abandonar el euro y a ejercer control sobre el sector financiero; es la única vía. No creemos que salir del euro sea la solución definitiva para nuestros problemas económicos: son mayores que eso. Pero no cabe esperar que todos los países de la eurozona acuerden políticas progresistas y reformas democráticas para la Unión Europea. Nunca creímos realmente que eso fuera posible, pero ahora está más lejos que nunca. Así que si tienes un gobierno de izquierda, una de las cosas que debes preparar es el abandono del euro. Los pasos que debemos dar –reestructurar la deuda, imponer el control público sobre el sistema financiero, reanimar la base productiva de nuestra economía– no son posibles dentro del marco de la moneda única. Después de lo que le sucedió a Grecia, sólo los muy ingenuos creen que eso sería posible.

¿Esperas que este gobierno se mantenga hasta 2019?

Cuando se creó, sabíamos que necesitábamos aprobar al menos un presupuesto. En aquel momento ninguno de nosotros habría apostado a que duraría tanto como lleva ya. Hicimos lo que teníamos que hacer para que pareciera creíble, porque lo peor habría sido llegar a un acuerdo que no funcionara. Fue posible porque se basaba en medidas muy claras y concretas, que dependían de la presencia de los dos partidos de izquierda. A veces la gente de otros países europeos me pregunta: «¿Qué significa tener un programa de izquierda para el gobierno?». Pero no es verdaderamente un programa de izquierda; es un acuerdo entre partidos que conforman una mayoría parlamentaria, entre la izquierda y el gobierno formado por un partido de centro, que se ha visto obligado a apoyarse en la izquierda. Así que no podemos apostar realmente por cuánto tiempo durará en el futuro.

¿La experiencia de un gobierno que es muy popular, que se considera que está atendiendo las necesidades de la población, tiene un efecto desmovilizador en las protestas y los movimientos sociales?

Ya teníamos un país desmovilizado cuando llegamos al acuerdo, y eso era un problema. Si tuviéramos movimientos sociales activos, tal vez podríamos haber hecho las cosas de manera diferente. Sí, el problema es que la gente espera que sea el gobierno el que le solucione las cosas. Pero también hemos trabajado en algunas áreas que están empezando a convertirse en focos para la movilización, la de los empleados precarios, por ejemplo. Llegamos a un acuerdo, y ahora se ha publicado un informe que dice que hay más de 100.000 trabajadores precarios empleados por el Estado; existe un plan para que se integren adecuadamente en el sector público. Eso es movilizar a la gente que quiere ser parte de este proceso, que está avanzando muy lentamente. Hemos estado trabajando en todo el país, y la gente empieza a organizarse. Creo que esa lucha contra la precariedad puede producir algún movimiento.

Antes de la Gran Recesión, ya estaba claro que los partidos de la izquierda radical, ya fueran organizaciones comunistas o poscomunistas o nuevas organizaciones de izquierda, habían comenzado a llenar el espacio que habían abandonado los vejos partidos socialdemócratas a medida que se desplazaban hacia la derecha, como defensores del Estado del bienestar, de los derechos de los trabajadores, de los servicios públicos, etc. Desde 2008 esos partidos

de la izquierda radical han aparecido como las voces principales contra la austeridad, tratando de impedir que los programas de estilo Troika se pongan en práctica o incluso, en algunos casos, de revertir algo de lo que ya se había hecho. Esto es bastante comprensible, pero también parece como si la plataforma de campaña inmediata se alejase cada vez más de la idea del socialismo como una alternativa al capitalismo. ¿Es posible articular la idea de una economía no capitalista en la coyuntura actual?

Estamos a la defensiva, ése es el problema, y no creo que haya una solución fácil. En la actualidad no tenemos un movimiento europeo capaz de hacer una revolución socialista; de hecho, tenemos el desafío del fascismo y la extrema derecha. Creo que tienes razón: de alguna manera, el espacio tradicional de la socialdemocracia está vacío y necesitamos una izquierda que pueda desarrollar una estrategia clara para lograr que una mayoría de la población apoye políticas no socialdemócratas. Dentro de esos límites, en la izquierda podemos distinguir entre dos estrategias en sentido amplio. En este momento es muy difícil cambiar la relación de fuerzas dentro de la Unión Europea, porque la política ha sido trasplantada desde el ámbito nacional, que es el espacio de democracia con el que la gente se identifica, a un ámbito internacional que no tiene el mismo significado para ella. Tenemos que preguntarnos cómo abordar el problema de la Unión Europea, y cómo podemos defender la democracia contra ella. En la izquierda hay algunos que todavía piensan que están obligados de algún modo a preservar la UE, como si con ello hicieran frente al fascismo, porque el fascismo es nacionalista. También existe la tentación de evitar sacar las lecciones correctas de lo que sucedió en Grecia, y de defender lo que Syriza ha venido haciendo. Podemos sentir solidaridad con quienes fueron sometidos a presiones y humillaciones, y entender que el gobierno griego fue coaccionado, pero eso no significa que tengamos que justificar lo que hace: es injustificable.

Una parte de la izquierda dedica mucho tiempo a preguntas del tipo: ¿cómo podemos hacer que las instituciones europeas sean más democráticas? ¿Cómo podemos hacer que la voz de nuestro pueblo sea escuchada más claramente a escala europea? ¿Cómo podemos hacer que el euro sea menos perjudicial para nuestras economías? ¿Podríamos hablar de eurobonos y de una renegociación de la deuda de los países del Sur? En el pasado tuvimos el mismo tipo de discusiones en el Bloque, que se remontan a diez o quince años. Pero en este momento son realmente una pérdida de tiempo. Por lo tanto, si estamos en condiciones

de ocupar un terreno que, estrictamente hablando, es más amplio que el espacio tradicional de la izquierda radical, tener que imaginar y crear un movimiento en un momento en que no existen fuerzas revolucionarias con perspectivas de éxito, siempre deberíamos ser claros cuando hablamos con la gente. No podemos decir a los desempleados que tal vez las instituciones europeas cambiarán algún día. Tenemos que decirle lo que podemos hacer en nuestros propios países para cambiar esa situación; si no lo hacemos, entonces lo hará la extrema derecha, aun si está ofreciendo soluciones equivocadas. No debemos dejar que los defensores del *statu quo* nos digan que el periodo más largo de paz y desarrollo en Europa se debe a la Unión Europea, porque eso es simplemente un disparate. Fue la inversión pública, el Estado del bienestar y el control sobre los sectores estratégicos de la economía lo que hizo posible la paz y el desarrollo, no la UE. Fueron las esperanzas de la posguerra y los movimientos sociales bien organizados los que impusieron el «espíritu de 1945». No debemos perder el tiempo tratando de mejorar un poco la UE; debemos concentrarnos en propuestas que sean prácticas y comprensibles, combinando el control público de los bancos y otros sectores estratégicos con cambios en la legislación laboral que promuevan los derechos de los trabajadores y afirmen claramente que tales propuestas son incompatibles con los tratados europeos.

Entre los textos anteriores de la serie «Nuevas masas, nuevos medios» de la *NLR* se cuentan: Pablo Iglesias, «Entender Podemos» y «España en la encrucijada» (*NLR* 93); Francis Mulhern, «Una fiesta de rezagados» (*NLR* 93); Daniel Finn, «Guerras del agua en Irlanda» y Georgi Derluguian & Zhanna Andreasyan, «Protestas por los precios de la energía en Armenia» (*NLR* 95); Stathis Kouvelakis, «Ascenso y caída de Syriza» (*NLR* 97) y Suhas Palshikar, «¿Quién es en Delhi el hombre común?» (*NLR* 98).